

«Donde *rodó* destrozada
La cadena que oprimía
La virgen sencilla y casta
Que el navegante Colón
En su *demencia* encontrara...»

¡Demencia! ¡Pobre Colón! ¡Cuánto mejor era que no hubieras descubierto esta gente! Andarían por allí á estas horas todos estos vates con sus plumas en la cabeza... pero no te llamarían loco.

«Este verso es un poco *infleccible*,» dice Charras hablando de otro verso malo, y sigue escribiéndolos cada vez peores.

«Porque también nacen *leones*
En la tierra americana...»

¡Qué han de nacer *leones*!
¡Lo que nace es cada pedazo... de sabio!

XIII

Allá va otro argentino de más campanillas literarias que Mahomet Charras; pero no mejor poeta ciertamente: D. Calixto Oyuela.

Ya le conocen ustedes por aquella famosa epístola á Martinto, ó á *Domingo amigo*, según él decía; pero como es académico de los correspondientes de la Española de la Lengua y muy devoto de los académicos de acá, bien merece otra soba.

Por cierto que los académicos de acá no le pagan muy bien su devoción, como verán ustedes.

En 1886 publicó D. Calixto, en Buenos Aires, un librito de versos titulado *Hojas sueltas*, y en 1891 publicó otro libro algo mayor, titulado *Cantos*.

De este último envió un ejemplar á un académico de Madrid, con su retrato, con una dedicatoria muy rimbombante y con una carta muy cariñosa; y el académico fa-

vorecido hizo tan poco aprecio del libro, del retrato, de la dedicatoria y de la carta, que todo junto fué á parar á una librería de viejo, donde un amigo mío lo ha comprado después por seis perros chicos (seis centavos).

El no creyó comprar más que el libro; pero luego, al ir á abrirle en casa, se encontró con que estaba dedicado y con que tenía la carta de remisión dentro.

En ésta, después de lamentar una desgracia de familia, dice D. Calixto:

«Envío á usted ahora un ejemplar de mis *Cantos*, que no sospeché yo salieran á luz en circunstancias tan tristes. Recíbale usted como débil testimonio de la *veneración* y alto aprecio que me inspiró usted, y *concédale un puesto en su biblioteca*, si no como obra de poeta, como afectuoso recuerdo de un amigo sincero.»

¡Qué ingratitud, Sr. D. Calixto, la de estos académicos!...

¡Responder á la *veneración* de usted!... Si no se puede venerar á nadie más que á Dios y á los santos y á sus reliquias...— ¡Responder á la *veneración* de usted y al deseo de usted de que concediera á su libro un puesto en la biblioteca, enviando el libro y la carta al Rastro!...

Le está á usted bien empleado, pero muy bien empleado, Sr. D. Calixto...

Para que aprenda usted á venerar académicos...

«Envío también—continúa Oyuela—un ejemplar de mis versos al insigne amigo de usted, D. Manuel Cañete, *cuya alta inteligencia, vasto saber y justo criterio...*»

Sí: adúlele usted de esa manera tan servil, que regularmente haría con el libro lo mismo que el otro.

Por lo *demáz*, como dice Cánovas, D. Calixto es un vate de corte académico riguroso, un cultivador de lo que ellos llaman la forma clásica. Sus versos se distinguen por sus muchos epítetos, por sus giros arcáicos y por su falta de sustancia.

La composición que ahora voy á analizar no es de los *Cantos*, sino de las *Hojas sueltas*.

La primera, por no andar escogiendo.

Después de poner un lema de siete líneas, en inglés, para que se sepa que lo sabe, D. Calixto se dirige á Fray Luis de León y le dice:

«Como celeste canto
Resuena tu *inspirada* poesía
Y asciende en vuelo *santo*,
Y su *alta* melodía
Limpias ondas de amor al alma envía.»

Ya lo ven ustedes. No siendo el alma, que

salió ilesa por casualidad, los otros seis sustantivos, de los siete que entraron en la estrofa, todos sufrieron su pedrada correspondiente.

El canto... *celestes*; la poesía... *inspirada*; el vuelo... *santo* (¿por qué?); la melodía... *alta* (¡caracoles con el *alta!*); las ondas... *limpias*...

Lo dicho: no se salvó de la pedrea más que el *alma*, con perdón de Mahomet Charas, que cree que no existe.

Vamos á otra estrofa:

«Vibra tu *grande* acento...»

Sigue el chorro de epítetos, ¿eh?

«Vibra tu *grande* acento,
No en el hervor del *popular tumulto*,
Do el que hoy oye...»

¡Hoy! ¡hoy! ¡hoy!...
¡Dios mío!... ¿Qué es esto? «Do el que
hoy oye...»

¡Qué oído el del Sr. Oyuela!...

«Do el que *hoy oye* el conuento
De *fervoroso* culto,
Blanco es mañana de *candente* insulto...»

Nada, nada. Siempre lo mismo...

El insulto, *candente*; el culto, *fervoroso*, y el conuento, que no salió con mote, salió con aquel acompañamiento de *hoy... oye...*

Todo esto después de haber sido el acento *grande*.

Pero nada tan grande como ese tercer verso:

«Do el que hoy oye el conuento...»

Otra lira:

«Sino en la *suma* esfera...»

Quiere decir que no vibra su acento *grande* en el popular tumulto *do el que hoyo-ye...* sino en la esfera *suma...* etc.

«Sino en la *suma* esfera
Donde el *fanal* de la verdad fulgura,
Y en *tibia* primavera...»

También es gana de poner motes: llamar á la primavera *tibia*, para llamar *tibia* primavera al cielo.

«Y en *tibia* primavera
Aura de virtud *pura*...»

Todo con su ripio correspondiente...

Siga usted, D. Calixto.

«Tu voz, *sin pompa vana.*»

Naturalmente. ¿Cómo no había de ser *vana* la pompa? Sí, señor, *vana* y *ripio*.

«Tu voz, *sin pompa vana,*
Adulación sonora del sentido...»

Tampoco aquí es el *ripio* el *sonora* solamente, sino todo el verso.

«Se lanza *dulce y llana.*»

¡Bueno! ¿Sabe usted que adelantamos bien?...

Hasta ahora llevaba cada sustantivo un adjetivo; ahora ya un solo sujeto, la voz, lleva tres predicados, y Dios sabe si parará en eso.

Por de pronto es ya *dulce, llana y sin pompa vana...* y la misma pompa, además de ser *vana*, es *adulación sonora...*

«Tu voz, *sin pompa vana,*
Adulación sonora del sentido,
Se lanza, *dulce y llana,*
En el alma, *sin ruido...*»

Otro predicado más... y bueno. Porque ¡cuidado que una voz sin ruido!...

«Se lanza, *dulce y llana,*
En el alma, *sin ruido,*
Cual ave amante en el oculto nido.»

Nido *oculto*, ave *amante*, voz *dulce, llana*, *sin pompa vana* y *sin ruido...* Por último, ¡sin ruido!

Si los académicos no fueran gente de probado mal gusto, casi se podría disculpar la desatención del que vendió los *Cantos* de D. Calixto Oyuela á un chamarilero.

¡Porque como malos, son malos los *Cantos!*...

Pero esa disculpa en un académico no es admisible, porque precisamente por ser malos le hubieran gustado, si los hubiera leído. Como hechos á imagen y semejanza de los suyos.

«Rompió en un *nuevo oriente*
La hermosa lumbre de la *edad pagana,*
Y aquel ritmo *potente,*
Aquella gracia *arcana*
Se derramó en tu mente *soberana.*»

¡Epitetoso!... Y además *paganizante...*
¡Ritmo *potente!*... ¡Gracia *arcana!*...

«Mas la *antigua hermosura*
En tu sublime *fé,* en tu ardiente *celo...*»

¡Caracoles con el versito éste!...
Para que suene á verso hay que recitar-
le así:

«En tu sublime *fentuar*-diénte celo...»

De modo que todo esto, *fe en tu ar*, ha
de reducirse á dos sílabas, desapareciendo
el acento de fé para cargarse sobre la otra
é, la de én...

En fin, que no creía yo que el Sr. Oyue-
la lo hacía tan mal...

Aunque conocía su condición de acadé-
mico, no creía que era tan... del todo aca-
démico.

Porque tiene los ojillos vivos en el retra-
to; y además, como se llama Calixto...

Pero ¡Ca... listo!

«Mas la *antigua* hermosura
En tu sublime fé, en tu *ardiente* celo...»

Si D. Calixto tuviera un poco de oído
poético, hubiera dicho:

«En tu sublime fé y *ardiente* celo...»

El verso hubiera quedado ripioso, pero
no mal sonante.

«Mas la *antigua* hermosura
En tu sublime fe, en tu *ardiente* celo
Fundió su esencia *pura*,
Y con *místico* anhelo
Voló serena y *encendida* al cielo.»

¡Ya escampa!... Y llovían epítetos apa-
reados. ¡*Serena y encendida!*...

«Cual urna *primorosa*
De *nitido* alabastro construída,
Se ostenta más *hermosa*,
Con más *luciente* vida
Si de *interno* fulgor brilla *encendida*.»

Primorosa y hermosa la urna, *nitido* el
alabastro, *luciente* la vida (¡vamos, que una
vida *luciente!*), *interno* el fulgor, etc.

Y luego, al lado de esta profusión de epí-
tetos, ¡qué escasez de ideas!

¿Recuerdan ustedes qué es lo que ha di-
cho hasta ahora D. Calixto?...

¿Cuál es el pensamiento culminante de
su composición?...

Trabajo le mando á quien trate de ha-
llarle.

«Y el *oloroso* huerto
Que cultivas *del monte en la ladera*
De bella flor cubierto,»
Por *secreta* manera
Tu mente eleva á la *celestes esfera*.»

Muy malo, muy malo.
En los dos últimos versos dos asonancias
insufribles, particularmente la del último:

«Tu mente *eleva-á* la celeste esfera,»

y en el penúltimo *manera y secreta*.
¡Es tan extraño esto siendo nuestra len-
gua tan rica!
Verdad es que no se adelanta gran cosa
con que sea rica la lengua, si los vates son
pobres...
Como el Sr. Oyuela.

«Y la vista tendiendo
A la *imperial* dominadora cumbre,
Volar quiere, venciendo
La mortal pesadumbre.»

Pero usted no la vence nunca.
Sino que siempre está usted vencido y
dominado por esa pesadumbre ó pesadez
mortal.

«Tú así, en ansia *constante*
Por *arrancarte* á la terrena arcilla,
Ardes por la *distante*
Esfera *sin mancilla*...»
(Mas no sin ripios, que hay una esportilla.)

Constante... terrena... distante, sin

mancilla... Y sin contar la asonancia de
arrancarte con *constante*. Y sin contar el
arder por la distante...

«Yo amo el fulgor *sereno*,
El raudal *crystalino*
De tu sencilla *fe* y candor divino.»

¡Uf! Qué verso más malo...
¿Sabe D. Calixto qué es *feican*, y si es
de comer, con qué se come?
Y si no lo sabe, ¿por qué lo puso en ese
verso?...
Pues así hay que leerle para que lo sea,
diciendo *feican*...

De tu sencilla *feican-dordivino*.

¡Qué académicos éstos!
Y sigue:

«Henchido de *alto* anhelo...»

¡Cuántos *altos* y *altas* será bueno que
haya sembrado el Sr. Oyuela en su vida,
cuando en esta sola composición pone tres
lo menos!...

Alta la melodía, y ya la altura ésta era
una altura disparatada; *alta* la contempla-
ción: ésta puede pasar, y *alto* el anhelo,
que ya no pasa fácilmente...

La composición de Oyuela que sigue en

las *Hojas*, lleva por título *La lágrima*,
la... la...

Ni siquiera los títulos acierta á poner sin cacofonías.

Y empieza así:

«Cuando amistad ó amor nuestra alma mueven...»

Mamu... even...

¡Qué oído, Sr. Oyuela!

Antes, do el que *hoy oye*; ahora, *ma-*
mueven...

Casi lo mismo que aquel verso insufrible
con que empezó Quintana su oda al mar:

«Calma un momento tus soberbias ondas,»

donde parece que atropó todas las emes que
pudo.

Calma-un-mo-men...

Y, sin embargo, los *retóricos* progresis-
tas, á quienes ha seguido como un cordero
el agustino P. Blanco en su malaventurada
historia de la literatura española, han di-
vinizado á Quintana como poeta, y han
ponderado ese verso feroz como un prodigio
de onomatopeya...

«Reta el guerrero por *soñado* lauro
La muerte, en pos de *romancesca* fama;

Mas alza á su enemigo *en lid postrado*,
Y baña cada herida en una lágrima.»

Cuando lo entiendan ustedes, avisen. No
digo que no llegarán á entenderlo; pero tie-
nen que tardar un buen rato.

Y aparte de la oscuridad, desde luego
está mal lo de *bañar en*. Ahí se dice *bañar*
con... Porque *bañar en* es meter la cosa
que se ha de bañar en el líquido, y una he-
rida no se puede meter en una lágrima: se
puede humedecer con ella, y eso es *bañar*
con.

«Votos no puedo hacer por mi María...
(*¡Pero eso cree usted que es poesía!*)
Mi María antes ¡ay! á Amor tan cara,

(¡Ay, ay, ay!)

Y un tiempo fué que en *su glorieta umbrosa*
Esos votos premió con una lágrima.»

¿*Esos votos* que no puede usted hacer?
¿Y de quién era la glorieta? ¿De María, ó
del Amor?...

¡Don Calixto, Don Calixto!...
Que se da usted mucho pisto
Con su medalla dorada,
Y no es poeta ni es nada.